

La victoria estratégica

Quevedo en Jigüe

(Capítulo 11)

EN CONTRA DE LO que cabía prever razonablemente, las dos compañías del Batallón 18 enemigo, llegadas en la tarde del jueves 26 de junio a Jigüe, no prosiguieron de inmediato su penetración río arriba, sino que se dedicaron a establecer campamento en ese lugar y fortificar sus posiciones. Esa misma noche fueron tiroteados por los hombres de Raúl Podio y Fernando Chávez. El primero, como se recordará, cuidaba el firme de Cahuara, encima de la posición enemiga; y el segundo asumía el mando del personal rebelde en el río La Plata desde la noche anterior, en sustitución de Pedro Miret y René Rodríguez.

La llegada de esta tropa a Jigüe y su establecimiento en ese lugar nos permitía preparar las condiciones para ejecutar el plan que ya habíamos empezado a elaborar. De lo que se trataba era de encerrar a la fuerza enemiga en un cerco del que no pudiera escapar, mantenerla inmovilizada hasta lograr su rendición, detener y, si fuese posible, destruir los refuerzos que se enviaban en su auxilio. Para ello, el teatro de operaciones en Jigüe y en el curso inferior del río La Plata reunía condiciones topográficas ideales. El campamento enemigo, metido en el centro del sector meridional del territorio controlado por nosotros, estaba rodeado por todas partes de firmes y altos que podían ser ocupados con facilidad, por nuestro personal, y desde los cuales podía mantenerse, con una cantidad relativamente pequeña de combatientes, la presión, el bloqueo de suministros y el hostigamiento necesarios para sostener un cerco efectivo. La única vía que tendría el enemigo para reforzar a la tropa sitiada era la del río, por el camino que subía desde la playa, y a lo largo del cual existían decenas de lugares en los que se podían crear emboscadas eficaces contra cualquier refuerzo.

En este caso funcionaba nuestro conocimiento íntimo del terreno, una de las prioridades del guerrillero y una de las cuestiones a las que prestamos mayor atención desde el inicio de la lucha en la Sierra Maestra. Ese conocimiento era lo que nos había dado pie para concebir el plan de acción, y era, además, lo que nos permitía llegar a la convicción de que el lugar que más se prestaba para el combate contra los refuerzos, por sus características topográficas y por su distancia relativa, tanto de la costa como de la tropa que sería sitiada, era Purialón.

El 28 de junio, apenas día y medio después de la llegada del Batallón 18 a Jigüe, orienté a Paz las primeras órdenes preparatorias del cerco y del establecimiento de la línea defensiva contra los eventuales refuerzos. En cuanto a lo primero, reforcé la posición de Podio en el alto de Cahuara con la escuadra de Ramón Fiallo, que antes cubría algunos de los puntos de la costa al oeste del río La Plata, y envié desde Mompí una pequeña escuadra de reserva, al mando de Arturo Pérez, a copar el sendero que ascendía de frente desde Jigüe al alto llamado de El Pino y a la zona de Mayajigüe. En cuanto a lo segundo, le pedí a Paz que mandara un explorador a verificar si no habían quedado guardias en Purialón. Yo contaba con la inminente llegada de Camilo y su personal a La Plata para enviarlo a esa posición

crucial, mientras que los combatientes de Paz serían los que se encargarían del cerco a la fuerza enemiga principal.

En esa fecha, mi atención estaba centrada en la preparación del golpe a la tropa estacionada en Santo Domingo. Pero, incluso, esta planificación tenía que tomar en consideración la posibilidad de que, al iniciarse el combate en Santo Domingo en la forma prevista —al día siguiente—, la fuerza enemiga acampada en Jigüe recibiera el orden de avanzar hacia el alto de La Plata para ir en auxilio de sus compañeros, atacados del otro lado del firme de la Maestra. Así se lo hice saber a Paz para que estuviera preparado, ya que esa podía ser su oportunidad de dar el buen golpe que esperábamos con tanta ansiedad.

Sin embargo, durante todo el desarrollo de la primera Batalla de Santo Domingo, entre los días 28 y 30 de junio, el Batallón 18 no se movió de su campamento de Jigüe. Según testimonio posterior del comandante Quevedo, la primera acción concreta de su personal fue la exploración realizada río arriba por la Compañía 103, una de las dos integrantes de la fuerza acampada, que no arrojó resultado alguno. Todo indica que esta incursión no se alejó mucho de Jigüe, pues ni siquiera se acercó a las posiciones de Paz en El Naranjal, a menos de cuatro kilómetros del campamento de Quevedo.

El 2 de julio, el jefe del Batallón 18 envió dos pelotones de su fuerza en misión de abastecimiento a la playa. Esta hubiese sido una buena oportunidad para golpear al enemigo, pero todavía no contábamos con el personal suficiente para cerrar el cerco.

Otras dos ocasiones se presentaron al día siguiente, la primera, por la mañana cuando regresaron a Jigüe los dos pelotones custodiados por otros dos de la Compañía G-4, que integraba el Batallón 18, y que, como se recordará, había permanecido en la desembocadura de La Plata; y la segunda, por la tarde, cuando esta última fuerza volvió a su base en la playa.

Al fin, el enemigo se movió el sábado 5 de julio. Esa mañana salieron del campamento de Jigüe cuatro pelotones y parte de las armas de apoyo del Batallón 18 —una bazuca y un mortero de 60 milímetros— en dirección a las cabezadas del río La Plata, a lo largo de su curso superior. Como era de esperar, poco después chocaron con la emboscada de Paz en El Naranjal.

El combate comenzó exactamente a las 10:20 de la mañana. Desde el día anterior yo me había movido a la zona de Meriño para organizar el cerco que planeaba tender a la fuerza enemiga llegada el día 3 a ese lugar. Allí me llegó un primer aviso de Camilo desde La Plata informándome que escuchaba un fuerte tiroteo en dirección a la playa, confirmado pocos minutos después por un recado similar del Che desde Mompí. No fue sino hasta las 2:00 de la tarde cuando Camilo me comunicó haber recibido un primer mensaje de Paz en el que informaba que los guardias avanzaron en dos direcciones sobre su posición, y que había tenido que abrirles fuego antes de que llegaran a las minas colocadas en el camino.

En realidad, ya a esa hora Paz había rechazado el avance de los guardias después de un intenso combate de más de tres horas de dura-

ción. Los pocos más de 30 combatientes rebeldes, parapetados en buenas trincheras, decididos a resistir y actuando con inteligencia, fueron capaces de frustrar el empuje de más de 150 soldados enemigos, apoyados por un mortero, provistos de parque abundante y bajo el mando de un jefe habilidoso. Junto a los hombres de Paz combatieron en la decisiva acción de El Naranjal las escuadras de Hugo del Río, Joel Pardo, Fernando Chávez y Vivino Teruel, así como el personal de la ametralladora 50 operada por Fidel Vargas.

La importancia del Combate de El Naranjal no estuvo dada por la cantidad de material ocupado o las bajas sufridas por el enemigo. En cuanto a lo primero, solamente pudo ocuparse un fusil Springfield, varios cientos de tiros y algunas granadas de fusil. Las bajas enemigas reconocidas ascendieron a ocho heridos, aunque Paz afirmó en sus partes haber dado muerte a no menos de cuatro soldados. Radio Rebelde informó después cinco guardias muertos. Sin embargo, el hecho tenía la enorme significación de haber liquidado de manera definitiva la amenaza planteada por la tropa enemiga en su avance desde el Sur. No solo se impidió al enemigo alcanzar su objetivo y se le rechazó de regreso a su campamento base, sino que se le propinó un golpe psicológico demoleedor, como lo demostraron los acontecimientos posteriores. Vale la pena citar aquí la valoración realizada por el propio jefe del Batallón 18, el comandante José Quevedo:

[...] el saldo más doloroso para nuestros hombres era moral: se notaba la decepción en todos y cada uno de ellos.

Sin comentarios sabíamos, que no era tanto por el fracaso, sino por el abandono constante de que se veían objeto por parte del puesto de mando y del alto mando militar. Sabían que para la operación habíamos pedido apoyo aéreo y no se nos había brindado; sabían de los compañeros heridos, de que habíamos solicitado un helicóptero para evacuarlos y no se nos había enviado; sabían por los comentarios de sus compañeros, que los jefes de Bayamo hablaban de que los prisioneros estaban mal custodiados, y más aún de que estaban de acuerdo con los custodios, al extremo de que dichos jefes hablaban de que no se explicaban cómo era posible que hasta el momento no los habíamos rescatado, y que al salir a cumplir una misión tan "sencilla" se encontrarán ante un enemigo poderoso, que contaba con abundantes armas automáticas, inclusive hasta con ametralladoras calibre 50.

Está claro que en este análisis omitió una consideración fundamental: no se trataba tanto de una pretendida superioridad rebelde en armas y parque —que nunca existió— ni del supuesto abandono del que fueron objeto los guardias por parte de los altos mandos de la tiranía —que sí existió en alguna medida—, sino de la evidente calidad moral del guerrillero en relación con la pobre moral combativa del guardia, por un lado y, por otro, del buen conocimiento y adecuado aprovechamiento del terreno por nuestros hombres, lo cual les confería una ventaja adicional de mucha importancia.